

A DIVINIS
Lejos de lo Divino

ANA ROSENROT

"La belleza no es sino el comienzo de lo terrible"

Rainer María Rilke

I PARTE

Una luna redonda y blanca como una bola de nieve iluminaba el bello paisaje natural lleno de mesetas, lagunas, cascadas y grutas que conformaban los alrededores del volcán. Parecía increíble que tan cerca de una de las ciudades más pobladas del mundo pudiera existir un lugar tan apacible como aquel. No había nadie por los alrededores pero a la joven de cabello largo y oscuro no parecía importarle. Andaba con dirección a la espesa vegetación que se adivinaba. Se desvió del camino principal cogiendo un sendero que se adentraba en el bosque.

Un guarda la miró y movió tristemente la cabeza en un gesto de incompreensión. Ella pasó al lado del cartel que había junto al sendero sin prestarle atención: "Tu vida es valiosa y te ha sido otorgada por tus padres. Por favor, piensa en ellos, en tus hermanos e hijos. Por favor, busca ayuda y no atraveses este lugar solo".

Caminaba con los sentidos alerta, pero sus pasos eran decididos sobre el suelo de roca volcánica. Hizo caso omiso de las señales de prohibido el paso y las cintas de plástico de la policía. La vegetación se fue haciendo más tupida a medida que se adentraba en el bosque, tan sólo el lenguaje de los animales nocturnos y el sonido de sus propias pisadas acompañaban su silencio. Caminaba sin miedo escrutando entre la vegetación, estaba decidida. La luz de la luna apenas podía atravesar la espesura de los árboles cuyas copas se unían en lo alto. Parecía como si la joven conociera aquel lugar, como si hubiera estado más veces allí.

Respiró hondo con los ojos cerrados y pronto descubrió lo que había ido a buscar, ¡aquel era el lugar! Escuchó el crujido de una rama y sus sentidos se agudizaron, se agazapó tras el tronco de un árbol y percibió a otra persona no demasiado lejos; le oyó llorar. Ella tragó saliva, su corazón galopaba a mil por hora. Elevó la cabeza buscando la luna y ella le regaló un halo de luz blanca que se filtraba entre las ramas. La joven de cabello oscuro clavó sus dedos en el tronco rugoso del árbol, ya no podía aguantar más. Se desnudó y se levantó dejando que aquel haz de luz nívea inundara su cuerpo en el que se apreciaba un extenso tatuaje. Poco a poco la luna hizo su efecto y a los pocos minutos la joven se había convertido en una loba de negro pelaje con la lengua colgando de las mandíbulas que husmeaba expectante en busca de la persona que se encontraba cerca de allí. Sus patas se movían con rapidez, sorteaba los obstáculos con precisión. Se estaba acercando a su presa, la sentía, la olía.

El joven había dejado su mochila al pie del tronco en el que se había sentado. Sus hombros estaban hundidos y tenía un aspecto totalmente apesadumbrado. Sacó de la mochila un pequeño

frasco lleno de pastillas, una botella de agua y una foto manoseada de lo que aparentemente era una familia feliz. La contempló y lloró amargamente. Suspiró y con mano temblorosa abrió el frasco de pastillas y lo volcó sobre la palma de su mano, eran muchas. Contempló las pastillas mucho tiempo. Estaba a punto de acercarlas a su boca cuando algo le detuvo, un gruñido o una pisada. Escudriñó los alrededores pero no podía ver nada. La luz de la luna apenas bastaba para iluminar aquella zona tan escondida y frondosa del bosque. Entrecerró los ojos para enfocar mejor pero siguió sin ver nada; por fin se encogió de hombros, ¿qué más le daba quién estuviera allí?, quizás otro pobre desgraciado como él. Suspiró nuevamente y con decisión se acercó las pastillas a la boca pero no tuvo oportunidad de tragarlas, algo salió de la espesura y se abalanzó sobre él. El joven gritó e intentó zafarse del animal pero éste le tiró al suelo con fuerza y rápidamente se ensañó con su cuello, tenía un hambre loco y salvaje, no le costaba gran esfuerzo desgarrar la carne del joven que impotente intentaba quitarse el animal de encima, pero no tuvo ninguna oportunidad de escapar y entre convulsiones murió mientras servía para apaciguar el hambre de aquella bestia que masticaba su carne, hundía el hocico en su sangre y se relamía con gusto. Cuando el animal se sintió satisfecho apoyó sus patas en el pecho del joven y con la sangre aún goteando por los bellos elevó su cabeza hacia la luna y aulló con fuerza. Todos los animales del bosque se despertaron excitados y nerviosos. La loba repitió su aullido, contempló el cuerpo sin vida del joven y salió corriendo internándose en lo más profundo del bosque.

El amanecer devolvió al bosque el color que la noche le había quitado aunque ahora era la niebla la que parecía querer ocultarlo, como si lo que allí había pasado no pudiera ser mostrado. La niebla parecía querer introducirse dentro de los pulmones de la joven de cabello oscuro pero ella respiraba hondo, estaba cansada y quería volver a casa. La luna se había escabullido ya pero el sol aún tenía la timidez del alba y parecía no querer despertar. Por fin salió del bosque y se encontró con el amanecer espectacular del sol iluminando el monte Fuji, que coronado por su cumbre nevada parecía un coloso, un dios omnipotente a cuyos pies se extendía un manto de cerezos y almendros en flor que con sus tonos rosados y violáceos conformaban un paisaje de ensueño, pero la joven no se dejó intimidar por la grandiosidad del paisaje. Tragó saliva y se pasó nerviosamente la mano por su cabello para alisarlo. Tenía que salir de allí, tenía que volver a su casa.

El guarda la contempló con extrañeza y en su fuero interno se alegró: hubiera sido una lástima que una muchacha tan bonita y tan joven no hubiera regresado del bosque, quizás ella se hubiera arrepentido en el último momento.

La joven sentía opresión el pecho, ansiedad, apenas podía respirar. Corrió hasta donde tenía aparcado su coche y solo cuando estuvo en él se tranquilizó. Se repetía constantemente que no debía sentir remordimientos, que todo el que se acercaba hasta aquel sitio era por un motivo específico y que aquel joven hubiera muerto independientemente de que ella hubiera estado allí o no.

Arrancó el coche y se marchó del bosque de Aokigahara, el bosque de los suicidios, seguida por la inmensidad del monte Fuji que parecía mirarla acusadoramente.

El camino de vuelta a Tokio fue tranquilo, la bulliciosa ciudad despertaba con una alegría aún adormecida pero la joven parecía no percatarse de todo lo que ocurría a su alrededor. Conducía como una autómatas. Era demasiado pronto y aún no había demasiado tráfico así que llegó a Ichiban-cho, en el barrio de Chiyoda-ku sin ningún problema. Aparcó en la zona reservada al consulado británico y se dirigió con rapidez a su casa. El policía que la vio sonrió divertido imaginando que la joven volvía de una noche de fiesta, no era la primera vez que la hija del embajador británico pasaba la noche fuera de casa.

La muchacha se dirigió con premura a la escalera, algunos sirvientes estaban ya levantados, les oía trastear por la cocina. Subía las escaleras de dos en dos esperando no encontrarse con nadie pero una de las puertas del piso superior se abrió dando paso a un hombre de unos sesenta años que se la quedó mirando, primero con extrañeza y luego con preocupación. Poseía una cuidada barba prácticamente blanca y su porte era noble. Frunció el ceño al verla y se detuvo. En aquellos momentos llevaba un portafolios en la mano ya que comenzaba a trabajar desde muy temprano.

-¿De dónde vienes, Tania?- preguntó con su voz profunda.

La joven se sorprendió visiblemente y se volvió al oír la voz de su padre.

-De por ahí- contestó mirándole a los ojos de forma casi retadora.

Ambos se miraron en silencio.

-Anoche hubo luna llena- dijo su padre por fin como si aquella frase fuera algo significativo para ellos dos pero que hubiera resultado un tanto absurda para alguien que hubiera asistido a la conversación.

-Lo sé- respondió ella con evidente nerviosismo mientras se pasaba la mano por su cabello oscuro y liso.

-No debes salir en noches como estas...

-Papá, por favor- suplicó ella- Estoy muy cansada y quiero tomar un baño.

-Está bien...- aceptó el hombre asintiendo con la cabeza- será mejor que descanses. Contempló con impotencia como la joven se dirigía a su habitación y cerraba la puerta tras ella. Moviéndose la cabeza en gesto de desaprobación y cierto enfado, después bajó las escaleras. Podía intuir dónde había pasado la noche pero no se sentía con fuerza moral para recriminarla nada.

Llegó al salón y le indicó a uno de los sirvientes que le subieran el desayuno a su hija, mientras él se sentaba y se disponía a dar buena cuenta de su típico desayuno inglés.

Tania se quedó apoyada en la puerta una vez que hubo entrado en su habitación. Estaba terriblemente cansada pero no podía evitar sentirse plena, llena de fuerza, vital, ¡viva! Mientras abría el grifo y dejaba que la bañera se llenara de agua comenzó a desnudarse frente al espejo, se quitó los vaqueros, la camiseta y la sudadera, después la ropa interior y se contempló en el espejo, aún tenía restos de sangre en su cuerpo y algunos arañazos y magulladuras; aquel joven se había resistido con todas sus fuerzas, probablemente nunca hubiera imaginado tener un final así y a ella le inquietaba un poco que se hubiera agarrado a la vida con tanta pasión. Quizás no estuviera tan decidido a suicidarse como pensaba pero ella le había visto llevarse las pastillas a la boca, ¡no!, no podía tener dudas ni remordimientos ahora. La forma en que se había defendido se

correspondía solo a un reflejo inconsciente, además.... Ya estaba hecho y su instinto estaba terrible y salvajemente satisfecho.

Se metió en la bañera y cuando el agua templada acarició su joven y blanco cuerpo, Tania cerró los ojos y gimió quedamente, aquello era sumamente reconfortante. Apoyó la nuca en el borde de la bañera y se adormeció. Poco a poco sus músculos se fueron desentumeciendo y el cansancio y el dolor fueron desapareciendo. Vertió una generosa cantidad de cremoso jamón en una suave esponja y empezó a pasarla por su cuerpo, masajeándolo, después hundió la cabeza en el agua y cuando la volvió a sacar se sintió fresca y despejada.

Salió de la bañera, se cubrió con un albornoz y respondió a la llamada en la puerta de su habitación.

-¿Sí?

Una mujer mayor y menuda, vestida con un kimono azul entró en la habitación. Sonrió a la joven y esta se apresuró a ayudarla con la bandeja que llevaba en sus brazos.

-¡Pero Hitomi!, ¿cómo has subido tú sola con esa bandeja tan pesada?- dijo regañándola como a una niña pequeña- Y te tengo dicho un millón de veces que no tienes que pedir permiso para entrar en mi habitación.

Tania llevó la bandeja a la cama mientras la anciana japonesa se sentaba junto a ella cuidadosamente de modo que su kimono se arrugara lo menos posible.

-Tu padre está preocupado, niña- dijo mientras la miraba con devoción.

-No tiene por qué- Tania no quería hablar del tema, siempre que hacía una de sus salidas nocturnas al bosque de Aokigahara pasaba lo mismo.

-No está bien lo que haces, lo sabes- insistió Hitomi que se había levantado y con una toalla secaba el cabello de la joven mientras ella mordisqueaba un trozo de bacon.

-No le hago ningún mal a nadie- dijo con la boca llena.

-Te lo haces a ti misma- le dijo Hitomi apartándole el oscuro cabello y hablando cerca de su oído- es peligroso.

Tania se volvió y sus almendrados ojos castaños se fijaron en los rasgados de la anciana Hitomi haciendo que el albornoz se bajara y mostrara su hombro derecho.

-Yo no tengo la culpa- dijo con ansiedad intentando justificarse- No lo puedo evitar, es... es superior a mi- explicó.

-Lo sé, pequeña, lo sé....- la anciana le dio unos golpecitos en el hombro, justo por donde asomaba el tatuaje que rodeaba su cuerpo- Es una pena que el dragón no pueda sujetar a la bestia- añadió con suma tristeza.

Hitomi se incorporó con dificultad y sonriendo con cariño se marchó de la habitación. Su sencillo kimono de seda azul susurró levemente al rozarse con el quicio de la puerta.

Tania dejó lentamente la tostada en el plato, ya no tenía hambre. Se levantó y frente al espejo se quitó el albornoz, contempló su cuerpo desnudo y el tatuaje del dragón que comenzaba en la ingle izquierda y que rodeaba su cadera ascendiendo por su espalda enredado con una flor de loto, un crisantemo y una de cerezo hasta llegar al hombro y parte de su pecho derecho donde descansaba la poderosa y magnífica cabeza del dragón que la había acompañado desde que era apenas una niña de cinco años. Aún recordaba el día en que comenzaron a tatuarla: el dolor y el llanto mientras

su madre e Hitomi la sujetaban para que se estuviera quieta. Sintió un escalofrío al recordar la visión de aquel hombre sin piedad que le introducía la aguja en su carne para conformar aquel dibujo. En un principio ella pensó que aquello debía ser un castigo por haberse portado mal, había llorado y suplicado a su madre que la perdonara fuera lo que fuera lo que había hecho pero su madre que también lloraba movía la cabeza negativamente.

-Es necesario, cariño- repetía otra vez la mujer mientras cruzaba su llorosa mirada con la de Hitomi, quien asentía con la cabeza sin dejar de sujetar las piernas de Tania.

-El dragón conseguirá detener al lobo- afirmaba Hitomi con seguridad- Es poderoso. Además el loto, el crisantemo y la flor de cerezo la colmarán de dulzura y feminidad.

La pequeña solo sabía que aquel hombre la estaba haciendo mucho daño. Con varias agujas montadas sobre palitos, el tatuador las empujaba transversalmente bajo la piel hasta crear el sinuoso y elegante dragón que iba a ser el acompañante perpetuo de aquella criatura.

Solo cuando fue mayor y el tatuaje fue por fin completado, entendió el verdadero motivo de aquel dibujo. Acarició lentamente la cabeza del dragón y suspiró, el dragón no había sido capaz de sujetar a la bestia que salía las noches de luna llena, y si ni él con todo su poder lo había conseguido, ¿cómo iba ella a ponerle trabas? Tal vez tampoco quisiera hacerlo. Se miró al espejo, ¿cómo era posible que pudiera transformarse en un animal salvaje sin conciencia, sin raciocinio, tan solo obediente al instinto? No quería pensarlo, lo único que sabía es que cuando volvía de aquel bosque se sentía plena y llena de energía, aunque algo en el fondo de su alma se retorciera inquieto, quizás el dragón sí ejerciera su poder al fin y al cabo.

El sol ya estaba bastante alto en el cielo, tenía que darse prisa si quería llegar a clase. Se vistió rápidamente, cogió su carpeta y bajó las escaleras. Su padre aún estaba desayunando y leyendo el Times, como era costumbre en él. Le abrazó por detrás y le dio un beso en la mejilla aspirando su suave aroma a colonia mientras le robaba una tostada del plato. Se arrepentía de haber estado tan seca con él en la escalera.

-Me voy a clase- le anunció.

-Bien, te veo por la tarde. Tienes trabajo atrasado, Tania- dijo su padre con cariño. Era su única hija, su ojito derecho.

-Lo sé- contestó cogiendo la carpeta- Esta tarde lo terminaré, no te preocupes- aseguró la joven.

-Eso espero, lo necesitan para mañana- añadió con el ceño fruncido aparentando cierto enfado.

-No te fallaré. Hasta luego- dijo agitando la mano.

Su padre sonrió. Tania era una jovencita encantadora, lista, bonita y cariñosa. Le faltaba un trimestre para completar sus estudios de filología y trabajaba por las tardes en la embajada haciendo traducciones de inglés a japonés y viceversa. Siempre le había inculcado el amor al trabajo y aunque a veces había que estar encima de ella, siempre tenía el trabajo terminado en las fechas correspondientes. Era una joven de veintitrés años completamente normal, le gustaba salir con sus amigos y disfrutar de la vida. Una muchacha como tantas de su edad si no fuera por... El diplomático apartó los pensamientos que le atenazaban el alma y suspiró; había cosas en la vida que eran difíciles de entender y aceptar y ésta era una de ellas. Sir Philip Smith-Stone hubiera deseado que las cosas fueran de otro modo pero no podía cambiarlas.

Se levantó con cansancio de la mesa y se dispuso a entrar al despacho. Ese día tenía mucho trabajo en la embajada ya que debía departir con varias personalidades niponas.

La vida en Tokio comenzaba muy pronto y a aquellas horas la embajada ya era un hervidero de funcionarios que iban de un lado a otro con carpetas y maletines. Siempre había algo que hacer y siempre faltaba tiempo para todo. En la embajada trabajaba personal inglés y también japonés, eran terriblemente eficientes y puntuales, en eso se asemejaban a los ingleses. Los japoneses tenían una valoración muy importante de la dignidad y los valores como la justicia y la honradez, por eso, era muy importante la diplomacia ya que eran muy observadores de los detalles y las convenciones sociales.

Sir Philip Smith-Stone había nacido en Londres y desde muy joven se había dedicado a la diplomacia. Su familia, desde tiempos de su abuelo, siempre había tenido una relación muy estrecha con Japón, de hecho, su abuela era japonesa; y a su vez él se había casado en Tokio con una joven nipona, por eso mismo no era tan extraño que desde hacía unos años se hubiera convertido en el embajador británico en Tokio, el Premier Ministro había confiado en él la delicada labor de la diplomacia británica por su extenso conocimiento de la cultura japonesa.

Los rasgos nipones se habían ido difuminando en la genealogía, pero su hija Tania poseía en determinados momentos un leve aire oriental y exótico acrecentado por su melena lisa y negra además de su nívea piel. Tania, Tania... siempre la tenía en su pensamiento; ¿qué sería de ella?, ¿cómo podrían cambiar lo que ocurría? Lo que más le preocupaba es que ella parecía entregada a su destino, abocada a lo que era sin intentar luchar siquiera por evitarlo, quizás no quisiera, quizás el brillo que había advertido en sus ojos cada vez que volvía las noches de luna llena del Bosque de los Suicidas era una señal inequívoca de su disfrute, de una satisfacción y un placer que él nunca podría llegar a sentir o a entender.

El cuerpo desnudo y blanco de la joven destacaba entre las sábanas de raso negras. El hombre extendió la palma de la mano para acariciar aquella espalda de piel sedosa. Le encantaba aquel contraste, era como un punto de luz en medio de la noche, un faro alumbrando en una tormenta. Le gustaba contemplarla y en aquella ocasión sonreía plácidamente mientras ella se dejaba acariciar. Su mano ascendió hasta llegar a su cabeza y sus dedos se entremezclaron con el cabello rubio rojizo de la joven, jugueteó distraídamente con los bucles que se le formaban en la nuca. Ella se removió, se había despertado y él clavó sus ojos casi transparentes en los azules oscuros de ella cuando se dio la vuelta y le miró.

-¿Estabas dormida?- preguntó Markus.

Ella negó con la cabeza, tan solo tenía los ojos cerrados mientras pensaba. Se dio la vuelta y quedó tumbada boca arriba.

-Bien...- susurró el hombre de cabello rubio casi blanco y ojos transparentes. Se acercó más a ella y acarició su vientre de forma sugerente.

-Tengo que marcharme- se excusó ella incorporándose- Mañana tenemos una reunión importante.

-Puedes quedarte a dormir, Christine- le contestó él.

La joven hizo caso omiso a la invitación y se levantó de la cama. El raso susurró quedamente y Markus observó con deleite su cuerpo. Las pelirrojas siempre habían sido su debilidad pero Christine no era una pelirroja más, era la hija de su, si no amigo, por lo menos colega de negocios John Foundling, muerto, asesinado más bien hacía ya ocho años.

Oyó correr el agua de la ducha y suspiró, le hubiera gustado ducharse con ella como en otras ocasiones pero hoy la joven no tenía un buen día. Reconocía su estado de ánimo con un simple vistazo, así que decidió no molestarla mientras se duchaba, al fin y al cabo no se podía quejar, habían disfrutado de una placentera tarde sobre aquellas sábanas de raso negras que tanto le gustaban.

Christine salió del baño y se cubrió con una toalla mientras recogía su ropa esparcida por el suelo de la habitación de la lujosa casa.

-¿Qué te pasa hoy? Te encuentro distraída- le preguntó Markus observándola atentamente mientras se vestía.

-Nada. Simplemente estoy un poco cansada- contestó ella sin mirarle y buscando sus pendientes por la mesilla.

-¿No será que estás preocupada por nuestros planes?- inquirió él con los ojos entornados mientras le alargaba el pendiente que ella buscaba y que él había encontrado en la cama.

-No- dijo ella con decisión mirándole directamente a los ojos con aquella mirada azul oscura tan igual a la de su padre.

-¿Estás segura de que es eso lo que quieres?- insistió él, quería estar totalmente seguro de la decisión de ella.

-Totalmente- contestó con igual seguridad. A su rostro volvió la energía y ese brillo vengativo en sus ojos que tanto le gustaba a Markus.

-Bien- dijo el hombre con evidente satisfacción mientras la cogía de la mano y tiraba de ella para volverla a meter en la cama- Entonces, tendremos que celebrarlo- añadió sugerentemente.

Ella se rió y se dejó caer en sus brazos mientras ambos rodaban por las sábanas negras. La ropa volvió a caer sobre el suelo.

En el taxi de camino a su apartamento de Park Avenue, Christine tenía la mirada pensativa. Era el primer día en que sus planes habían comenzado a materializarse, sus planes y los de Markus. La pequeña iglesia de Santa María junto con el colegio había dejado de ser una ruina para convertirse en un amasijo de piedra. Hasta aquel momento, después de que ocho años atrás parte de la edificación se hubiera desplomado por causas que nunca habían llegado a aclararse..., por fin, ella y Markus habían conseguido que aquella iglesia que se resistía a ser derruida fuera considerada como edificación ruinosa y peligrosa y por tanto derruida. Aún así y habiendo peleado por aquello durante años, no podía por menos que sentir algo en su corazón. No sabía si era nostalgia pues allí había estudiado durante un año, pero también era el lugar donde había conocido a Rebeka, a la que había considerado amiga, y gracias a ella conoció a Alex. Sentía una mezcla de nostalgia y odio, maldecía el día en que había coincidido con Rebeka porque ellos habían sido los culpables de la muerte de su padre, no como autores materiales pero si por no prestarle ayuda. Se mordió los labios para evitar que las lágrimas rodaran por sus mejillas, pero no eran lágrimas de tristeza, eran de impotencia, de rabia, de odio. Había jurado venganza y aquello ya no era un deseo, era una realidad palpable.

Markus sonrió cuando Christine se marchó de su casa. Seguía tumbado en la cama con los brazos cruzados tras la cabeza. Sonreía y pensaba lo bien que estaban saliendo las cosas. Había sembrado la semilla del odio y la venganza en el corazón de la joven y lo había alimentado convenientemente día a día, palabra tras palabra, las justas para simplemente fomentar su crecimiento. El daño estaba hecho y ahora, tras ocho años, había conseguido convertir a la hija de su amigo Foundling en su caballo de Troya, en el arma perfecta para conseguir su propia venganza. Había utilizado a Christine para sus fines, eso se le daba muy bien. Se dio la vuelta en la cama y aspiró el delicado aroma que el cuerpo de la joven había dejado en las sábanas de raso negras. Sonrió nuevamente, nunca pensó que aquella venganza pudiera a la vez ser tan placentera y gozosa para él.

El sonido elegante del ascensor le indicó que había llegado ya a su piso. Christine avanzó por el pasillo hasta llegar a su apartamento. Vivía sola en aquel espacio amplio de vistas espectaculares

a Central Park, en un edificio emblemático de Manhattan. Dejó su bolso en cualquier lado y se dirigió a la nevera. La abrió pero no vio nada en ella que la satisficiera. Consultó su reloj, aún disponía de unas horas para dormir antes de ir a la reunión que tenía por la mañana. Se dirigió al dormitorio decorado en tonos suaves, se metió en la cama y suspiró con deleite, le encantaba su cama. Evitaba quedarse a dormir con Markus, no estaba a gusto en su casa y prefería la independencia de su apartamento. Markus era... demasiado intenso, con su sola mirada o presencia física se sentía intimidada y pequeña; a su lado se sentía vulnerable y sumisa, sabía que él se daba cuenta de la sensación que despertaba en ella y por eso se negaba a permanecer en su casa más tiempo del debido. A veces le inundaba un sentimiento de paz y alivio cuando él se marchaba de cacería durante semanas, aquellos safaris le proporcionaban a Christine cierta liberación.

El sueño le llegó plácidamente y su subconsciente desplegó toda una sucesión de imágenes pobladas con personajes de su pasado. A pesar de todo, no fueron pesadillas, más bien un muestreo, un inventario de su vida pasada, de lo que había ocurrido hacía ocho años y que había transformado su vida y su personalidad para siempre.

-¡Dios!- exclamó Christine cuando se despertó de pronto. Cogió el despertador y lo miró con horror, después lo movió de un lado a otro en un intento desesperado para conseguir que la hora que marcaba no fuera la real. Evidentemente no había sonado a su hora y si seguía en la cama llegaría tarde a la reunión.

Se levantó de un salto y corriendo se dirigió al cuarto de baño, tomó una ducha rápida, eligió una falda estrecha y una camisa blanca del vestidor y corrió nuevamente al baño para maquillarse.

-¡Maldita sea!- exclamó contrariada al percatarse de una marca rojiza en su cuello. Le fastidiaba enormemente que Markus hiciera aquello, era como si quisiera dejar constancia de su relación con ella, como marcar a su res, a su posesión. Con expresión enfadada cogió un poco de maquillaje y lo extendió sobre su cuello para intentar disimular la marca de los dientes de Markus. Antes de salir corriendo llamó al conserje para que le pidiera un taxi.

Respiró aliviada cuando el automóvil arrancó hacia la dirección indicada. Su móvil sonó en ese momento y antes de que el interlocutor pudiera hablar, ella se excusó.

-Ya sé que llego tarde, Charlotte. Estaré allí en diez minutos.

Colgó el teléfono con fastidio, normalmente era extremadamente responsable y nunca llegaba tarde a reuniones de trabajo, no le gustaba que la reprendieran, incluso aunque ella misma fuera la presidenta y accionista mayoritaria de la empresa cosmética F&S.

El edificio de cristal y acero que se erigía en Manhattan, cerca de Wall Street, apenas recordaba ya al antiguo de Alkimax perteneciente a la empresa farmacéutica de su padre, John Foundling. Tan solo había conservado aquel cuadro de Caspar David Friedrich que antaño presidía el despacho del presidente y que representaba una curiosa y macabra escena de un cementerio nevado. Ahora, y tras un laborioso trabajo de lavado de imagen, Alkimax se había reconvertido en una floreciente empresa cosmética: F&S.

Se había intentado, después del escándalo sobre la fórmula química desarrollada para conseguir unos neurotransmisores especiales que actuaran como regeneradores de células, que la nueva

empresa no fuera identificada con Alkimax, aunque su relación química era evidente. Tan solo había sido un “arreglo cosmético”, un cambio estratégico para no perder las relaciones y el dinero que generaba. F&S se levantaba sobre los cimientos de Alkimax y aunque la nueva empresa no podía compararse al imperio creado por el padre de Christine, sí estaba en proceso de tener un importante relieve empresarial.

Cuando la joven llegó a la planta principal se dirigió rápidamente a la sala de reuniones. Allí estaban todos ya, ella no dijo nada, tan solo murmuró una excusa y se sentó en la cabecera de la mesa.

-Bien, ahora que ya estamos todos, podemos comenzar- dijo uno de los consejeros abriendo su portafolios- El gráfico de crecimiento de beneficios es progresivo, la última campaña de publicidad ha sido muy buena- El resto de los asistentes a la reunión abrieron sus respectivas carpetas.

-Aunque no tanto como la anterior- intervino una hermosa mujer de cabello negro y labios rojos como la sangre que cruzaba sus bien torneadas piernas mientras hablaba.

Una secretaria entró en la sala portando una bandeja con varias tazas de café y botellas de agua.

-Bueno... es cierto- comenzó a decir uno de los directivos tras carraspear- No se puede decir que las cosas vayan mal, pero es cierto que los beneficios no han aumentado tanto como esperábamos.

-Estamos estancados- sentenció Christine tras consultar los gráficos con el ceño fruncido y tirando despectivamente el informe sobre la mesa- las expectativas se han cumplido por los pelos y los beneficios crecen muy lentamente.

Todas las miradas se centraron en ella, en especial la de Markus que sonreía beatíficamente mientras la escuchaba. Abrió una de las botellas de agua y vertió su contenido en el vaso dando después un largo trago, normalmente no solía hablar en aquellas reuniones, él solo era uno de los consejeros, cierto que con bastante poder y como todos pensaban, el verdadero artífice de F&S, pero aún así, prefería que fuera Christine la que diera la cara, al fin y al cabo era la presidenta. De ser una jovencita asustada, indecisa y tímida se había convertido en una gran mujer de negocios, un tiburón de las finanzas, y ello, en gran medida se debía a él.

-Necesitamos expansión- continuó ella.

-Bien... ¿Pensilvania, Massachusetts?- insinuó otro directivo no demasiado convencido.

-Europa- dijo ella tranquilamente mientras observaba el rostro de sorpresa de los asistentes a la reunión.

-¡Europa!- exclamó con embeleso Charlotte, la mujer de cabello negro y labios rojos.

-¿Europa?, ¡Eso es una locura!- exclamó el consejero Cooper, un hombre de mediana edad de aspecto serio y formal. Sonrió condescendentemente pensando que la joven no sabía lo que decía.

La mirada de la joven fulminó al hombre. Se había dado cuenta perfectamente de lo que implicaba aquella mirada y aquella sonrisa: probablemente la consideraba una estúpida, una niña de papá que jugaba con la empresa según sus caprichos. Eso era algo que detestaba.

-No es ninguna locura, Steven- dijo con severidad- Si consiguiéramos llegar al mercado europeo ganaríamos prestigio, no olvidemos que Europa es sinónimo de elegancia y tradición, de igual modo que Estados Unidos es sinónimo de vanguardia y modernidad. Debemos aunar ambos conceptos. ¿Qué es lo que queremos?, ¿seguir fabricando productos cosméticos de bajo coste para adolescentes, o una línea elegante y cuidada de una potente marca?- preguntó observándoles con sus ojos azul oscuro.

La sala de reuniones quedó totalmente en silencio mientras los directivos y consejeros meditaban sobre las palabras de Christine.

-La línea juvenil ha tenido bastante éxito- se atrevió a decir uno de los consejeros.

-Sí, pero no quiero que F&S sea conocida únicamente por encontrarse en grandes almacenes y a un precio asequible. Quiero una línea lujosa y elegante, quiero que las mujeres sean capaces de empeñarse por un rouge de labios o que tengan que dudar entre comprar unos zapatos o una laca de uñas de F&S, ¡quiero glamour y Europa lo tiene!

Aquella idea no era descabellada, pero si un tanto arriesgada. Dar el salto al viejo continente supondría una importante inversión. Era empezar de la nada; F&S tenía muy buena reputación en el estado de Nueva York, hubiera sido más fácil expandirse a estados adyacentes pero no hubiera sido tan importante. Si la idea de Christine funcionaba, sería un bombazo, si no, se hundirían.

-Aún así- prosiguió Steven Cooper que dudaba de que aquel proyecto tuviera éxito- necesitaríamos demasiado dinero, no disponemos del suficiente efectivo...- dijo enumerando los problemas.

-Entonces tendremos que vender algo o hacer algún recorte presupuestario- le interrumpió Christine cruzando las manos y mirando fijamente al consejero en actitud retadora.

-No lo veo claro- insistió el hombre sin dejarse amedrentar por la mirada azul intensa de la joven- Deberíamos votar.

Aquello era un importante inconveniente.

-No hay nada que votar, es mi decisión. Mañana mismo quiero un informe económico, quiero saber de qué efectivo disponemos y de qué podemos prescindir- dijo Christine cerrando la carpeta y dando por concluida la reunión a la par que se levantaba.

-Aunque se apruebe por mayoría, aún tendría que pasar por la comisión financiera- advirtió Steven. Aquella era una clara amenaza.

-¿Estás retándome?- preguntó Christine con ira. Sus ojos chispeaban y su voz era fría- La comisión aceptará mi idea- dijo marcando las palabras.

Steven salió de la sala con las mandíbulas apretadas y se dirigió a su despacho. La reunión había sido muy tensa, estaba harto de la actitud déspota de Christine que era fomentada por Markus y por Charlotte. Nadie se atrevía a discutir y aunque reconocía que la idea de Europa era buena, seguía pensando que era sumamente arriesgada. Tenían beneficios suficientes, tan solo había que incrementar las ventas con una buena campaña publicitaria y un par de detalles más, eso era suficiente. La locura de saltar al otro lado del océano le parecía excesiva, él hubiera preferido un crecimiento más sostenido, sin riesgos. No estaba de acuerdo con aquello y aún le quedaba una baza: podía vetar cualquier decisión a nivel económico que se produjera, y Christine lo sabía.

Aún quedaban consejeros en la sala de juntas. De manera informal, de pie, comentaban algunos detalles y la bronca entre Steven Cooper y la presidenta. Christine escuchaba atenta a uno de los directores que le explicaba algunos puntos del gráfico que no habían quedado claros; ella asentía mientras se apartaba el pelo.

Markus no pudo evitar una sonrisa al observar la casi oculta marca de sus dientes en el cuello de la joven, Christine se dio cuenta de su sonrisa y frunció el ceño, no le gustaba sentirse posesión de nadie. A Charlotte no le pasó desapercibido aquel gesto; hacía mucho que Markus y ella habían dejado de ser amantes pero aún así sentía un cierto punto de amargura, su amor propio sufría. El que Markus la hubiera abandonado como amante no quería decir ni mucho menos que ya no fuera joven o hermosa; al contrario, cada día que pasaba lucía más bella: su cabello negro y brillante era fuerte y vigoroso, su cutis níveo no tenía ni una sola mácula y su figura era espléndida, podía sentir las miradas de deseo por doquier y eso alimentaba su ego. Sabía perfectamente cómo se había urdido aquella relación y no podía dejar de admitir que Markus era inteligente, maquiavélico y manipulador.

-Te ha encantado la idea de Europa, ¿verdad?- le preguntó él sacándola de sus pensamientos- He visto tu mirada de alegría.

-Hace mucho tiempo que estuve allí, no me importaría volver- aseguró ella con su sonrisa más seductora. A pesar de todo le seguía encantando aquel juego suyo de saber que podía conseguir a cualquier hombre cuando quisiera. Markus la contempló con deleite, aún recordaba la suavidad de su piel y tenerla de nuevo entre sus brazos sería muy agradable. En cuanto Charlotte comprobó que Markus aún la encontraba deseable dejó de coquetear.

Christine se acercó a ellos.

-Quiero que Cooper se marche- anunció casi con un susurro mientras miraba a su alrededor.

-¿Qué se marche a dónde?- preguntó Charlotte sin comprender.

-No quiero verle en la empresa, ¡despídalo Markus!- dijo decidida.

-Eso sería muy caro, Steven no es un simple empleado, su indemnización sería muy cuantiosa y tiene un paquete de acciones. No podemos permitirnos un gasto de ese tipo, además es probable que nos demande por despido improcedente.

-Estoy harta de que me lleve la contraria. Se opone a todo lo que yo digo, ¡me desautoriza!- se quejó como una niña malcriada.

-Bueno, tan solo protege los intereses de la empresa, era uno de los consejeros de tu padre, quizás por eso es demasiado cauto y previsor, querrá perpetuar la empresa sin ponerla en riesgo. No sería buena idea despedirle- argumentó Charlotte.

-¿Entonces qué podemos hacer? Sabes que vetará la propuesta en la junta económica. Sabe que cualquier decisión tiene que ser aprobada por unanimidad y él tiene derecho a veto.

-La idea de la expansión a Europa es buena, tiene que salir adelante- dijo Markus con un brillo pensativo en sus ojos transparentes.

-Claro que es buena, al fin y al cabo fue idea tuya- dijo Christine esbozando una sonrisa.

Charlotte se echó a reír, debía haberlo imaginado. Markus era tan astuto como para no proponer él directamente aquella idea. Sabía que muchos de los consejeros le consideraban el verdadero

dueño de F&S aunque tan solo apareciera como consejero delegado, y probablemente no hubieran aceptado aquella idea sabiendo que era suya.

-Bueno, pero a ti también te lo pareció, ¿no? - preguntó él.

Formaban los tres un buen tandem, el resto del consejo actuaba como mera comparsa y sabían que era inútil oponerse a sus decisiones, aunque también tenían que reconocer que en la mayoría de los casos eran bastante acertadas. El único que osaba pronunciarse era Steven y quizás esa oposición estuviera forjando su destino.

-¿Entonces qué hacemos con Steven? - insistió Christine que no quería que sus planes se estropearan.

-Déjame a mí - contestó Markus enigmáticamente - Es una pena que no le guste cazar, podría organizarle un safari por Sudáfrica, pero quizás un país centroamericano esté bien - añadió con su característica sonrisa maliciosa.

Christine dio el asunto por zanjado, confiaba plenamente en el buen hacer de su mentor y estaba segura que él encontraría la solución adecuada. Se fue al baño a refrescarse y se contempló en el espejo, apartó el cabello y con su polvera comenzó a retocarse la marca que tenía en el cuello. En ese instante entró Charlotte que enarcó una ceja al verla.

-Deberías ponerte algo en esas marcas, no queda demasiado bien que los consejeros te vean de esa manera, pierdes prestigio - dijo sin aparente interés mientras se retocaba los labios.

La joven no contestó, se limitó a cerrar la polvera y a colocarse nuevamente el cabello de manera que ocultara aquella marca que la avergonzaba.

-Te espero fuera - le dijo la condesa.

El espejo le devolvió a Christine el reflejo de sus ojos azul oscuro mirando con intensidad. A veces le parecía imposible haber llegado a donde estaba. No sabía cómo ni en qué momento había llegado a convertirse en la amante de Markus. Cuando murió su padre se quedó completamente sola, una adolescente de diecisiete años que se le había venido el mundo encima; el peso de la ley había caído con toda su furia sobre el inmenso imperio de su padre, no había nadie a quien acudir, todos huyeron como ratas que abandonan el barco que se hunde, sólo Markus y Charlotte se ocuparon de ella. El hombre del cabello casi blanco y los ojos transparentes la protegió y aconsejó. Gracias a él y a Paul, el abogado de su padre, consiguieron que no se arruinara y conservar parte del patrimonio mediante complicadas acciones de ingeniería económica que escaparon al control de la policía. A Paul le debía mucho también, se había ocupado de proteger el nombre de su padre en la medida de lo posible y había pagado aquello con la cárcel, en cuanto a Markus... primero fue como un padre para ella, después descubrió a un hombre inteligente y pasional en todo lo que hacía, le admiraba, y de la admiración pasó a la veneración y la atracción, y un día, sin saber cómo, ocurrió. A veces se sentía extraña, como si lo que hacía no fuera adecuado o decente, pero por otra parte se sentía bien con Markus, bien y segura. Ambos compartían las mismas fobias y filias, él sabía lo que pensaba y cómo era, cuales eran sus defectos y sus virtudes. Sus escrutadores ojos transparentes la taladraban hasta llegar a su cerebro, en esas ocasiones su expresión le producía un cierto temor pero él se daba cuenta y al instante cambiaba su actitud. En él había descubierto al padre, al confidente, al amante y al compañero en su venganza.

-Está decidida- le dijo Markus a Charlotte en voz baja cuando ésta volvió del baño.

-¿Seguro?- preguntó ella indecisa- ¿No será demasiado pronto?

-Para nada.

-Ya, seguro que te has encargado tú mismo de eso, ¿no es cierto?- Charlotte sabía el poder que tenía el hombre sobre Christine.

-Por supuesto. Su venganza es también la nuestra, Charlotte.

-¿Por qué no lo dejas estar?- preguntó ella hastiada buscando algo en su bolso.

-¿Qué lo deje estar?- preguntó él asombrado mientras la tomaba por un brazo y la llevaba hacia un rincón más apartado- ¿es que tú no quieres lo mismo?

-Creo que ya ha pasado tiempo de todo aquello- contestó ella soltándose enérgicamente de su mano- Tú conseguiste tus planes, rompiste La Comunidad y mataste a la hermana Ángela para renovar tus votos con Satán, ¿qué más quieres?

-Quiero acabar con Ludwig- dijo con una expresión de odio en sus ojos.

-Ya sabes que desapareció, quizás haya muerto... -aventuró la hermosa mujer mientras apartaba la vista.

-Huyó como un cobarde y sabes que no murió, un vampiro no muere, ¿verdad que no, Charlotte?- la miró atentamente durante unos segundos- ¿Cuánto tiempo hace que no te alimentas de sangre fresca?-preguntó de forma capciosa.

-¿A qué viene eso ahora?- respondió ella con extrañeza y un cierto tono ofendido.

-Porque creo que quizás puedas darte un festín dentro de poco- dijo mientras seguía con la mirada a Steven que salía de su despacho en ese momento y se dirigía al ascensor.

El ejecutivo le devolvió la mirada, era un hombre terco y sabía que Christine tan solo era una figura decorativa en manos de Markus, no hacía nada sin su consejo. Siempre le había extrañado la forma en que el promotor y constructor se había implicado en la transformación de la antigua Alkimax en la nueva empresa F&S de cosméticos. En los tiempos del presidente Foundling no recordaba que el señor Schultz figurara entre los asociados del difunto Foundling, tampoco tenía conocimiento de que la amistad entre ellos fuera tan estrecha como para cobijar bajo sus alas a la joven Christine, era algo que nunca entendería. Después del escándalo de Alkimax y la muerte del presidente, la empresa sufrió un importante golpe de timón para evitar el desastre y la ruina, no dudaba de que las relaciones de políticos y empresarios con la empresa farmacéutica hubieran ayudado a que la debacle del imperio Foundling fuera más publicitaria que real, nadie quería verse relacionado o implicado en aquel escándalo. La farmacéutica había soportado estoicamente el escarmiento público de ver su patrimonio más o menos comprometido, aunque Markus y Paul habían sido lo suficientemente rápidos para eliminar pruebas y ocultar propiedades, salvando gran cantidad de efectivo de manera que aún quedara el suficiente potencial para empezar de nuevo. Durante aquella época, Steven había observado los tejemajenes sin prestar demasiada atención pues aplaudía aquello, hubiera sido un loco si no lo hubiera aprobado, pero ocho años después no entendía por qué Markus seguía manipulando una empresa que en comparación con las suyas era un juguete. En cuanto a la condesa Szlavovicz... no sabía muy bien qué pintaba allí, antes era conocida por sus Fundaciones benéficas y sus negocios de arte pero hacía tiempo que permanecía en la sombra; en círculos cerrados se hablaba de su implicación en el escándalo de

Alkimax y en ciertos grupos o sectas, pero esto era una especie de leyenda urbana. La rumorología de la ciudad había demonizado a todos los personajes con un mínimo de implicación en aquel asunto. Aún así, Charlotte era su punto débil, era tan hermosa, tan sensual... hubiera perdido todo su raciocinio por una simple cena con aquella mujer. Suspiró intentando apartar aquel pensamiento, era una mujer muy hermosa pero intuía que también muy peligrosa.

Lo cierto es que ahora entre los dos manejaban F&S y todos se plegaban a sus órdenes, todos menos él y estaba dispuesto a hacer uso de su veto en el consejo económico del siguiente viernes. La idea de Europa no estaba mal pero era demasiado ambiciosa, F&S había tardado tiempo en consolidarse en el mercado, ahora era momento de invertir en una campaña publicitaria agresiva y quizás asociarse con otro grupo de similares características, lo de Europa ya llegaría más adelante, para aquello necesitaban más tiempo y dinero. Bajó en el ascensor hasta el parking, sus pasos resonaban mientras se acercaba a su coche. Estaba a punto de cerrar la puerta cuando oyó que alguien le llamaba.

-¡Steven!- gritó una voz que se acercaba a él.

Abrió la portezuela y miró. Sonrió al reconocer a Markus, probablemente había bajado tras él. Sabía lo que iba a decirle y esperó sin demasiado interés.

-¿Sí?

-Escucha, tenemos que hablar sobre la reunión.

-Ya..., lo imaginaba. No sé de qué quieres que hablemos, la "presidenta" ya ha dejado bien clara su posición- dijo con un tono irónico.

Un coche pasó cerca de ellos iluminándolos con sus faros.

-Sí, es cierto, esa es la decisión pero sé que tú no estás conforme- dijo Markus apoyándose en la parte de la ventanilla- ¿Vas a vetar la decisión en la reunión del viernes?- preguntó claramente.

Steven le miró sin contestar, Markus iba directo al grano.

-Sé que Christine es joven e impulsiva pero su idea es buena- expuso Markus.

-¿Su idea?- preguntó con sorna Steven.

Markus fingió no darse cuenta de la ironía.

-Ella no ha sabido plantear bien la estrategia pero te aseguro que es buena- insistió- Me gustaría discutir contigo los detalles y hacerte una exposición clara antes de que tomes una decisión.

-¿Por qué no lo ha hecho ella hoy? Podía haberlo explicado de manera que todos lo entenderíamos. Se ha limitado a soltar la bomba con prepotencia- se quejó Steven que en su interior se sentía un tanto relegado y le fastidiaba que le trataran como un pelele.

-Bueno... es orgullosa y siempre está a la defensiva. Piensa que se cuestionan sus decisiones simplemente porque es demasiado joven y no se la toma en serio, por eso a veces se muestra tan... altiva- corroboró Markus observando con interés la expresión de Steven.

Aquello parecía tener sentido, Steven se acariciaba el mentón pensativo. Markus había conseguido astutamente atraer al consejero a su terreno mostrándose conciliador.

-Me gustaría poder hablar tranquila y relajadamente sobre esto sin la presión de la junta ni de Christine, solos tú, yo y Charlotte, al fin y al cabo los tres somos los pilares fundamentales de esta empresa, ¿no?- Markus sabía jugar muy bien sus cartas, sabía exactamente qué palabra utilizar en cada momento. Había halagado a Steven con la ilusión de un posible pacto de los tres poderes, además había jugado con la presencia de Charlotte en la reunión, no le había pasado desapercibido el brillo de sus ojos cuando miraba a la condesa- En su apartamento, mañana a las siete- añadió mientras cerraba la puerta del coche de Steven dando por ganada su pequeña artimaña.

El consejero afirmó con la cabeza. No tenía nada que perder por escuchar lo que Markus y Charlotte querían explicarle, tampoco tenía ningún inconveniente en cambiar su voto si la propuesta de Europa le convenía lo suficientemente.

-No entiendo por qué le has citado aquí- se quejó Charlotte contrariada mientras observaba a Markus preparar un cocktail. La noche había caído ya y las luces de Manhattan brillaban con intensidad convirtiendo la ciudad en una sala de fiestas.

-Pues deberías estar agradecida- contestó él mientras buscaba la botella de ginebra- Si viene aquí tendremos una coartada perfecta, le verán entrar y le verán salir. No te preocupes por nada, todo saldrá a la perfección- no parecía en absoluto nervioso, en ese momento lo más importante era medir la cantidad exacta de ginebra que tenía que añadir a las copas.

-Eso espero...

La conversación se cortó cuando una llamada del portero del hotel Crowne donde vivía Charlotte avisó de la inminente llegada del señor Steven Cooper.

Markus abrió la puerta con celeridad e invitó a pasar al consejero que sonrió con cordialidad.

-Bien Steven, me alegro de que hayas venido- dijo cerrando la puerta tras él.

-Hola Steven- saludó la condesa con fingida alegría- ¿Qué quieres beber?

-Pues... un whisky con hielo- pidió Steven poniendo su maletín en una butaca- Me gustaría que me contarais como pensáis afrontar el tema de la expansión...- echó un rápido vistazo al apartamento, era lujoso y confortable, se correspondía exactamente a la personalidad de Charlotte.

-Por favor...- dijo Charlotte acercándose como una gata a él- ¿Es necesario que hablemos de eso ahora mismo? Markus me dijo que sería una conversación distendida. Ven, siéntate- dijo tomándole de la mano y dirigiéndose al sofá. Había escogido un vestido granate que acentuaba la blancura de su piel, además de un pronunciado escote en pico que dejaba entrever sugerentemente el inicio de sus senos- Markus preparará la bebida.

Steven no era un iluso, en un primer momento había pensado que, efectivamente, Markus le consideraba un igual pero ahora estaba convencido de que su presencia allí correspondía a una estrategia pensada de antemano y le ofendía aquella actitud de Charlotte, ¿de verdad pensaban que con una caída de ojos y unas sonrisas seductoras podrían hacerle cambiar de opinión?

Realmente no podía negar que Charlotte era una auténtica belleza pero por suerte él seguía manteniendo la cabeza fría.

-En realidad tengo un poco de prisa, me gustaría zanjar este asunto lo antes posible. Quiero saber si es viable que F&S salte al viejo continente. Si no me dais datos convincentes me temo que el viernes vetaré la propuesta- sentenció con dureza.

La condesa y Markus se miraron de reojo, no iba a resultar tan fácil como ellos pensaban.

-¿Y bien?- insistió mientras aceptaba la copa que Markus le ofrecía.

-No hay mucho que contar. Tú sabes que existen cuentas en paraísos fiscales, disponemos de más dinero del que consta en la contabilidad general.

-Por supuesto, pero ese dinero no se puede tocar, es un colchón por lo que pueda suceder en el futuro. Si metemos la mano ahí, F&S se quedará sin nada. Además- dijo tras saborear el exquisito whisky irlandés- No podemos financiar la expansión con dinero negro, podría levantar sospechas y la fiscalía investigaría las cuentas.

-No sería la primera vez- dijo Charlotte sin excesivo interés por la conversación. Estaba nerviosa y ansiosa, necesitaba refrescarse la nuca. Si aquello se alargaba demasiado no podría resistirlo. Observó a Steven mientras hablaba, estaba de perfil a ella y podía observar su cuello, su arteria palpitaba y ella tuvo que clavar las uñas en el sillón para poder contenerse. Se levantó y comenzó a caminar por el saloncito para intentar calmarse.

-Claro que no sería la primera vez que investigan las cuentas, pero el dinero que tenemos en las Caimán no consta en ningún sitio y todas las operaciones están justificadas, pero algo como lo de Europa haría sospechar. No estoy de acuerdo.

-¡Maldita sea, Steven!- exclamó Markus- Tan solo será una mera transacción económica a través de otras empresas. No vamos a trasladar la sede ni nada así, todo seguirá igual, tan solo hablamos de una buena promoción para introducir la marca. Necesitamos tu apoyo, y tu voto.

Ambos hombres se miraron fijamente durante unos instantes. Steven se levantó dando por concluida la reunión.

-Creo que es demasiado riesgo. En vez de Europa pensad en los estados cercanos a Nueva York, entonces si que daré mi aprobación- dijo con actitud hermética mientras agitaba cuidadosamente el vaso de whisky.

Markus le retuvo por el brazo.

-Si no contamos contigo tenemos un problema.

-¿A qué te refieres?- preguntó Steven.

Markus soltó el brazo de Steven y se dirigió a la mesa. Sobre ella había una carpeta de piel verde que el hombre abrió y de la que sacó un documento de varias páginas que le acercó a Steven- Tendrás que firmar esto- dijo seriamente Markus.

-¿Qué es esto?- preguntó extrañado tomando el documento en sus manos.

-Tu dimisión.

-¿Cómo?- preguntó incrédulo mientras lo leía rápidamente- No firmaré eso- aseguró con una sonrisa tras unos segundos- No podrás obligarme.

-¿Estás seguro de eso?- preguntó con una sonrisa.

A la espalda de Steven se había situado Charlotte cuyo rostro se había afilado, los pómulos estaban más marcados y los ojos inyectados en sangre. Con un rápido movimiento saltó sobre él, le clavó los afilados colmillos en el cuello y comenzó a succionar su sangre. El hombre gritó e intentó zafarse de ella pero era imposible. Markus seguía hablando.

-Tienes poco tiempo. Si firmas, Charlotte parará, pero si no lo haces... seguirá hasta que no te quede ni una sola gota de sangre.

Steven estaba pálido de horror, sentía dolor y pánico, se estaba quedando sin fuerzas. Sentía los colmillos de Charlotte hundiéndose con fuerza absorbiéndole la vida. Alargó el brazo con un desesperado gesto de aceptación y con mano temblorosa firmó el documento mientras la vampiro seguía mordiéndole. Markus detuvo a la condesa. Le costó conseguir desprenderla del cuello de Steven pero cuando lo hizo, este cayó desplomado en el suelo, se palpó la herida abierta de la que aún manaba sangre.

-¡Estáis locos!- gritó horrorizado contemplando como Charlotte se relajaba. Su aspecto se había transformado, era un animal salvaje que siseaba como una serpiente- ¿Pero qué eres?- preguntó con asco.

-Es un vampiro amigo mío- contestó Markus con tranquilidad mientras se guardaba el documento en el bolsillo- Ahora creo que es mejor que te marches de aquí, y tápate esa herida, no queremos que sangres más- dijo burlonamente.

El consejero salió apresuradamente, tan rápido como sus fuerzas se lo permitían. Se apretaba el cuello con un pañuelo y con la otra pulsaba nervioso el botón llamando al ascensor. Cuando llegó al vestíbulo pasó por delante del portero que le miró con extrañeza.

-¿Desea el señor un taxi?

-No, muchas gracias- respondió. Quería salir de allí lo antes posible. Tenía que llegar a un hospital, o a la policía.

Salió del hotel dando trompicones, se apartó el pañuelo y vio que estaba empapado de sangre pero de momento había conseguido detener la hemorragia, bien, podía llegar hasta su coche y conducir hasta el hospital más cercano, desde allí llamaría a la policía.

No tuvo tiempo de hacer nada de lo que había pensado. Cuando se puso al volante de su coche, un hombre le abordó y se acomodó en el asiento del copiloto.

-¿Pero qué...?- preguntó con estupor pero se interrumpió al ver el revolver que le apuntaba, después se dio cuenta de que se trataba de Karl, el guardaespaldas de Markus.

-Conduzca.

-¿A dónde?- preguntó con temor.

-Ya lo sabrá.

Steven tragó saliva mientras ponía en marcha el coche. Siguiendo las indicaciones de Karl se dirigió a una zona de Manhattan en la que estaban construyendo varios edificios. Supo que su destino estaba trazado y maldijo en silencio el momento en que se le ocurrió oponerse a los deseos de la joven Christine Foundling Scott.

Mientras el coche se perdía en el maremagnum de tráfico de Manhattan, en la suite del Hotel Crowne, Markus y Charlotte mantenían una discusión.

-¿Por qué no me has dejado terminar?- preguntaba furiosa Charlotte en su apartamento.

-Porque tenía que salir vivo de aquí, ¿es que no lo entiendes?- explicó Markus mientras la sujetaba por las muñecas.

A la condesa casi se le saltaban las lágrimas de impotencia, era como una niña a la que no le han dejado terminarse el postre.

-¡Cálmate, Charlotte!- exclamó Markus enfadado. Detestaba la dependencia de Charlotte en la medida que la hacía débil.

La mujer intentó rehacerse.

-¡Tú no sabes lo que es esto!- sollozó.

-Te entiendo pero era necesario- dijo comprensivamente- Dentro de poco tendrás toda la sangre que quieras para satisfacerte, incluso la de Ludwig, si quieres- añadió con intención.

La mujer dio un respingo.

-¿Le has encontrado ya?- preguntó con una mezcla de alegría y temor.

-No, pero es fácil, solo tengo que encontrar a Rebeka o a Alex, lo demás vendrá rodado.

-¿A Alex? Nunca entendí qué interés podía tener Ludwig en ese joven, simplemente era un amigo de Rebeka- preguntó un poco más calmada.

-¿No lo adivinaste?- preguntó él con una sonrisa de satisfacción.

Ante la mirada interrogante de la vampiresa, el satánico siguió hablando.

-Alex es el último de sus descendientes. A mí también me extrañaba pero investigué a su familia cuando desaparecieron y no me costó trabajo llegar a la verdad- dijo con voz triunfal.

-¿Su último descendiente?, ¿De él y Anabel?- preguntó con un estremecimiento- No me lo dijo...- añadió con tristeza.

A Markus no le pasó desapercibido el suspiro nostálgico de la condesa y soltó una carcajada.

-No me puedo creer que aún estés enamorada de él, ¡es increíble!- dijo mirándola con estupor mientras Charlotte se dejaba caer en el sofá.

-Tú no lo entenderías- dijo con desprecio y mal humor apoyando la barbilla en su mano.

-Es cierto, no lo entiendo ni lo entenderé nunca. Ludwig nunca te ha amado ni te amará nunca, y menos después de engañarle, traicionarle y ayudarme a matar a la mujer que amaba, ¿Cuándo te va a entrar en la cabeza?- aseguró Markus mientras se servía otro cocktail.

Charlotte no quería escuchar la verdad, bastante bien sabía ella que Ludwig no la amaría nunca y si antes podía considerarse amiga suya, estaba claro que ahora podría darse por contenta si no acababa con ella cuando se encontraran, si esto llegaba a ser posible alguna vez.

-¿Tú no me habrás ocultado estos ocho años donde se encuentra, verdad?- preguntó Markus con cierta duda mientras le ofrecía un Bloody Mary.

-No, no tengo ni idea- respondió con la mirada perdida- Markus, necesito estar sola.

-¿Quieres que me vaya?- preguntó extrañado clavando en ella sus ojos transparentes.

-Si, por favor.

-Creía que podríamos celebrar juntos que nuestros planes de Europa van viento en popa después de habernos quitado a Steven de en medio- dijo él aproximándose a Charlotte y acariciando sus

hombros. Había pensado que podían recordar los viejos tiempos y pasar la noche juntos pero Charlotte se apartó de él.

-Creo que probablemente Christine será mejor compañía que yo- dijo secamente.

-¿Estás celosa?- preguntó divertido- No tienes por qué- susurró haciendo caso omiso de los deseos de la vampiresa mientras la rodeaba con sus brazos- Cada una tenéis un lugar en mi corazón- dijo irónicamente.

Esta vez le tocó reír a Charlotte.

-¿En tu corazón?, ¡por favor, Markus! El hombre que quiere entregar el mundo a Satán no tiene corazón. Corre a encontrarte con tu pequeña pelirroja, pero ten cuidado, estás criando a un cuervo que puede que algún día te saque los ojos- aseguró de forma premonitoria.

-Si llega ese momento sabré defenderme- dijo dirigiéndose a la puerta con media sonrisa.

Solo cuando estuvo de camino al ascensor su rostro cambió, no le gustaba que le rechazaran y que él recordara era la segunda mujer que lo hacía, la primera había sido Elizabeth. Al recordarla, su pecho se llenó de odio, ¡tenía que encontrarlos a todos! Ahora que Christine se había decidido por fin, tenía el campo libre para fraguar sus planes con la conveniente ayuda de la joven. Lo había estado planeando desde hacía casi ocho años, prácticamente desde el siguiente día en que desaparecieron, lo tenía todo pensado, sabía qué pasos debía dar y en qué orden. Había disfrutado enormemente pensando una y otra vez lo que haría con cada uno de ellos, el fin que tenía previsto para todos: para Rebeka, Alex, Erick, Elizabeth y sobre todo Ludwig. Paladeaba su venganza como si fuera un marron glacé. Llamó a Karl, su hombre de confianza.

-¿Ha salido todo bien?

-Perfectamente- contestó el hombre con su parquedad de palabras habitual. Eso era lo que más le gustaba a Markus, que era fiel, callado y totalmente efectivo.

-Bien. Voy a darte una lista de nombres, quiero que los hagas desaparecer. No será fácil, eso te lo digo desde ahora mismo, pero confío en ti para darles caza y acabar con ellos. Utiliza los medios y la gente que necesites. No repares en gastos, ¿entendido?

-Por supuesto- Karl apuntó los nombres en su libreta con el rostro impasible según Markus se los iba dictando. No eran demasiados, solo seis nombres. Al escuchar el último nombre se detuvo en actitud extrañada. Para él no había problema pero le resultaba un tanto incomprensible. Markus debió sentir la duda en su hombre de confianza.

-No hagas nada con el último nombre hasta que yo te lo indique, quizás lo haga incluso yo mismo.

Todo lo que Markus deseaba, él lo cumplía- ¿Para cuando lo quiere?

-Lo antes posible, pero quiero que seas sumamente discreto.

-No se preocupe.

La conversación terminó ahí. Karl ya se había ocupado de Steven, ahora pondría a sus hombres a trabajar en los nombres de aquella lista.

Cuando Markus se hubo ido, Charlotte comenzó a beber a pequeños sorbos el Bloody Mary que el satánico le había preparado. Estaba frente a la cristalera de su suite privada del Crowne. Tenía la mirada ausente y la mente muy lejos. Llevaba ocho años viviendo en el pasado, en aquel momento en que Markus renovaba sus votos con Satán en la iglesia de Santa María con la sangre

de la hermana Ángela. Recordaba con malsano detalle el gesto de sufrimiento de Ludwig al ver a la joven morir a manos de Markus, cómo su amor se había hecho patente y la humillación que ella misma había experimentado. Ella le había dado la vida a Ludwig, le había rescatado de las garras de la muerte convirtiéndole en vampiro hacía años, pero él nunca se lo había agradecido como a ella le hubiera gustado. Nunca había sido su amante a pesar de que ella lo deseara con enloquecida necesidad, no sabía si era amor o simplemente capricho pero nunca se lo había podido quitar de su mente ni de su corazón. Ella le había traicionado al verse rechazada y menospreciada y sabía que él la odiaría por toda la eternidad.

Aún podía ver su rostro de asco cuando ella le pidió ayuda al desplomarse el techo de la iglesia cuando Satán se manifestó y como él se negó. Eso le había dolido más que si le hubiera clavado un cuchillo. Y ahora se acababa de enterar de que aquel joven, Alex, era el último de sus descendientes. Ahora entendía su extraña preocupación por él, al igual que por aquella pequeña delincuente, Rebeka; pero en su caso sabía los motivos: era la hija de unos amigos muertos, los mismos que le ayudaron a no depender de la sangre y poder vivir con una mínima cantidad. Ludwig tenía sentimientos hacia todos menos hacia ella.

Por un tiempo llegó a compartir los deseos de venganza de Markus y Christine, pero luego comprendió que era imposible luchar contra lo que sentía, casi era mejor que las cosas continuaran como estaban. Markus había conseguido lo que quería: destrozarse La Comunidad formada por satánicos, hombres lobo, brujos y vampiros, así que ¿qué sentido tenía hurgar en la herida? Sabía que Markus no descansaría hasta encontrarlos, quería destruirlos y acabar con Ludwig porque representaba un oponente al que tenía que vencer ostentadamente y por eso había utilizado a Christine, la hija de John Foundling, o Johann Findelkind, como ella le conoció en los tiempos en que Ludwig pertenecía aún a los mortales.

Parecía increíble como todo se había ido entrelazando. El destino podía ser cruel y se mofaba del dolor ajeno. El azar había unido a los dos hombres que más odiaban a Ludwig por diferentes motivos y todo eso había sido por culpa de Elizabeth, ella había sido el catalizador para desencadenar la catástrofe, ella, la bruja perseguida por Foundling desde hacía siglos había sido la elegida para liderar el grupo de los brujos y eso había sido la gota que había colmado el vaso. Y lo más gracioso era que ella misma la había encontrado y por casualidad: era la amiga de Henry, su amante ocasional. En el momento que la conoció supo que era especial, había sentido un extraño estremecimiento al verla, sus ojos le habían transmitido un halo mágico inconfundible; ella hubiera podido reconocer a una bruja por muy oculta que estuviera, tenía un don para eso... Sonrió tristemente, aquel don nunca la había abandonado y a todos les había parecido extraño que fuera un vampiro quien encontrara a la bruja, ella sabía sus motivos, pertenecían a su pasado y no le importaban a nadie.

Markus nunca había perdonado a Ludwig y a Elizabeth que le quitaran el poder y de ahí había surgido todo. Si, la culpable de todo era Elizabeth y se merecía todo el daño que Markus pudiera infringirle. Charlotte apuró el Bloody Mary y después estrelló la copa contra la pared. Sin pensar en las consecuencias y con la aún acuciante sed de sangre se marchó a la calle en busca de una presa que saciara su necesidad de alimento. Hasta aquella noche se había procurado alimento de manera discreta, succionando con precaución a pobres desgraciados que encontraba en la calle,

sin llegar a matarlos y por esa misma razón sin llegar a satisfacerse, la sangre animal le repugnaba, así que aquella noche usaría sus encantos para atraer a una víctima satisfactoria que aplacara su instinto sangriento.

El día que se reunía la junta económica de F&S, Christine no llegó tarde, estaba nerviosa aunque Markus le había asegurado que todo estaba en orden. "Tengo una sorpresa"- le había advertido la noche anterior, pero se había negado a darle más detalles. Los demás consejeros esperaban ansiosos a que todos los miembros se reunieran en la sala, sabían que Steven utilizaría su derecho al veto para evitar la expansión a Europa y querían ver cómo reaccionaban Markus y Christine.

-Tengo una noticia que anunciar- dijo Markus a la junta- Los informes económicos han dado buenos datos y se nos ha concedido un crédito, además estoy en conversaciones para cerrar un ventajoso contrato comercial con un empresario de Tokio para importar orquídeas que economizará los gastos previstos de importación de Tailandia. Ya sabéis que esa flor es el componente fundamental para nuestro perfume estrella, además de...

-Aún no estamos todos, ¿no deberíamos esperar al consejero Cooper?- interrumpió uno de los consejeros indicando la silla vacía.

-¿Steven?- preguntó con fingida sorpresa- ¿Pero es que no sabéis nada?

Todos se miraron con estupor.

-¿Qué hay que saber?- quiso saber Christine que compartía la misma sorpresa que el resto de los congregados. Para aquella ocasión había escogido un traje de chaqueta que le quedaba como un guante y le infundía un cierto halo de respeto.

-Steven Cooper ha dimitido, pensé que había enviado una copia a la junta. He recibido esta carta en la que firma su renuncia, ha vendido su paquete de acciones y lo último que se sabe de él es que ha tomado un vuelo con destino a Panamá- explicó.

-¿Cómo?

La sorpresa fue general, todos se levantaron de sus sitios para comprobar por ellos mismos la carta en la que Steven Cooper daba por concluida su trayectoria como consejero de F&S.

-¡Es inaudito!- exclamó uno de ellos- ¡Precisamente ahora!

Muchos eran los que intuían que Markus podría tener algo que ver en aquella decisión tan precipitada, quizás le había "persuadido" para marcharse de la empresa, pero lo que no podían imaginar hasta qué grado de "persuasión" era capaz de llegar.

-Si preguntáis mi opinión- dijo con gesto de preocupación- creo que es una maniobra, seguramente le veremos dentro de un par de meses en alguna empresa de la competencia.

-No creo que Steven hiciera algo así, sentía mucho aprecio por F&S- murmuró uno de ellos.

-En cualquier caso, eso es algo que ya no interesa- dijo Christine con evidente satisfacción- Ahora señores, pongámonos manos a la obra.

Estaba feliz, realmente Markus era capaz de solucionar cualquier problema y por eso le admiraba tanto, no sabía cómo había convencido a Steven para que abandonara la empresa, pero lo cierto era que aquello había resultado providencial. Ahora podrían realizar sus planes sin las continuas zancadillas del consejero.

-Eres genial, Markus- le halagó ella durante el descanso de la reunión.

-¿Si? Bueno... hay algo que te gustará más aún- dijo él con una leve sonrisa.

-¿El qué?

-No sé por dónde empezar- dijo enigmáticamente clavando sus ojos transparentes en los azul oscuro de la joven que los abrió desmesuradamente.

-Los he encontrado- dijo por fin.

-¿Dónde?- preguntó con ansiedad.

-No seas impaciente- contestó divertido- Volvamos a la sala de reuniones.

Charlotte le había escuchado y antes de entrar de nuevo a la junto le oprimió el brazo.

-¿Dónde están?- preguntó con apremio.

-Tranquila...- dijo desasiéndose.

En la segunda parte de la reunión se estaba preparando la estrategia de marketing a seguir, el enfoque y las propuestas de merchandising y promoción.

-Sólo queda una cosa- dijo uno de los consejeros- ¿Por dónde atacaremos Europa?- preguntó metafóricamente aludiendo a su introducción en el mercado.

-Por Londres- anunció un Markus satisfecho y orgulloso mientras paseaba su mirada por los asistentes y se detenía especialmente en Christine y en Charlotte para contemplar la reacción a sus palabras.